

ORACION FUNEBRE,
QUE EN EL ENTIERRO DEL BENEMÉRITO
MARTIR DE LA PATRIA
D. FELIX ALVAREZ ACEVEDO,
COMANDANTE GENERAL DE LAS ARMAS
DE GALICIA,

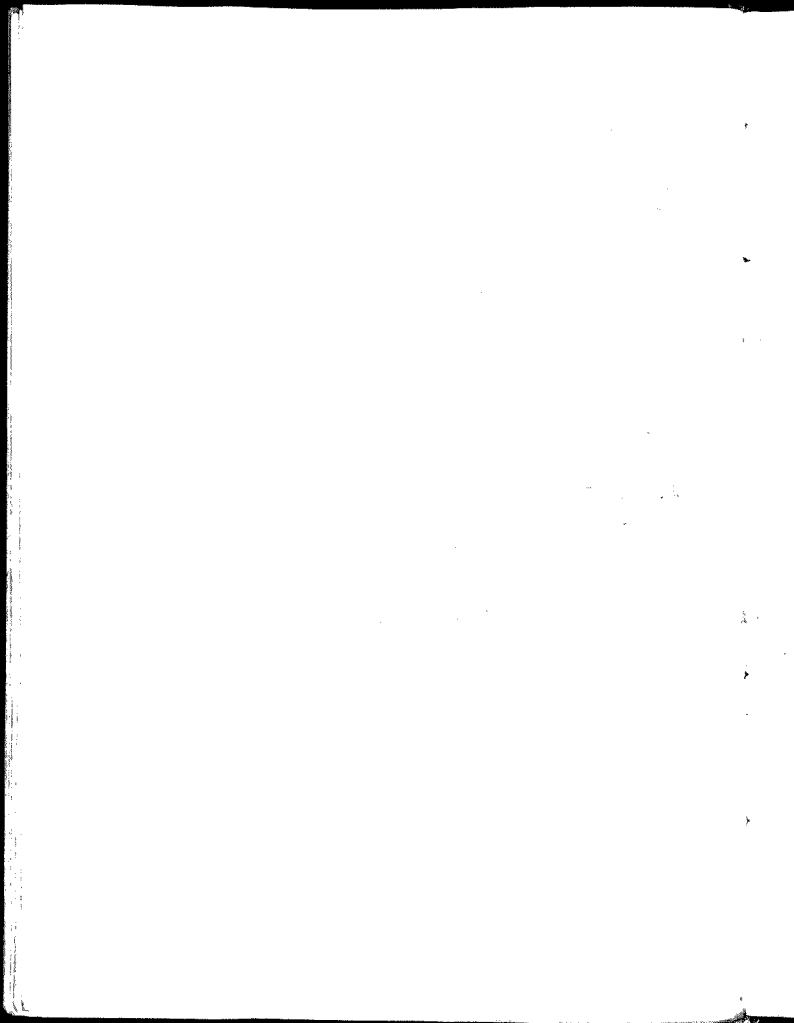
DIJO,

DE ÓRDEN DE LA JUNTA SUPREMA DE GOBIERNO,
EL R. P. F. JOSÉ VERDES, PREDICADOR GENERAL
y guardian del convento de San Francisco de la
Coruña.

SALE A LUZ

POR MANDADO DE LA MISMA SUPREMA
JUNTA DE GALICIA.

CORUNA
EN LA IMPRENTA DE ARZA
1820.



Plangite ante exequias Abner. 2. Reg. cap. 3. v. 31.

Llorad en el entierro de Abner.

EXCMO. SEÑOR :

Para desempeñar el noble y tierno asunto que V. E. honrándome puso á mi cuidado, no se me ofrecieron á la imaginacion otras palabras sagradas de mayor analogía, que aquellas que dijo David cuando lloró y mandó llorar á todo su pueblo en las exequias del valiente general Abner, muerto alevosamente por el cobarde y traidor Joab. Abner, que habia mandado con el mayor acierto los egércitos de Saul y de su hijo Isboset, por defender los derechos de la casa de Israel, que obedecia á Saul contra Iu de Judá, que obedecia á David; este General que por su pericia militar disponia de la suerte de Israel, conociendo que no podia hacerle un bien mejor que uniendo ambas casas bajo el imperio y comando de David, que era ya el Ungido por el Señor despues de la reprobacion y muerte de Saul, Abner entra en conferencia con David, y le dice: *Hagamos las amistades,*

que yo te entregaré la casa de Israel. Ya lo propuse á Isboset y á los Ancianos del pueblo, y todos convenimos que tú eres el escogido para reinar sobre Israel y Judá. Vengo como embajador suyo á decirte, que ahora mismo iré á buscar á mi Señor Isboset y congregaré todo el pueblo para que lo mandes como deseas.

¡Cuanta sería la satisfacción de David viendo que Israel y Judá iban á formar un solo pueblo, y que se había acabado una guerra civil que tantos estragos había causado en ambas casas! Alégrate, Israel y Judá, diría David, alégrate, que ya somos la gran familia, todos amigos, y todos hermanos á la sombra de un mismo padre. Terminaron ya y desaparecieron para siempre, aquellas guerras sangrientas que hicieron nadar en sangre las montañas de Gelboé, en donde murieron los valientes. Queden ya por siempre malditos aquellos campos, y olvidemos las pasadas desgracias con el festivo anuncio de nuestra union y concordia. ¡Pero que desgracia! se aguaron las halagüeñas esperanzas de David; Israel y Judá quedan en la misma confusion y desórden, la guerra civil se enciende de nuevo, porque el pérfido y alevoso Joab quita la vida al medianero y pacificador Abner. Todo viste luto en el palacio de David, y este Rey lloroso llama al pueblo y le dice: *Joab mató alevosamente á Abner; perdimos el mejor general, el pacificador de ambas casas y quedamos discordes como antes: por lo mismo os mando que rompáis vuestros ves-*

tidos, que os cubrais de ceniza y saco, y lloréis conmigo en las exequias de Abner.

Ojalá, Excmo. Señor, que yo pudiera hacer con el religioso pueblo que me oye, lo mismo que David hizo en Judá. Ojalá que con mis palabras, al pronunciar el dichoso nombre del mártir de la patria *D. Felix Alvarez Acevedo*, pudiera enternecer cuantos me oyen, y llorásemos mucho mas que David por Abner. Pero aunque me falta la energía y unción de David, me contentaré con repetir sus palabras: *Llorad, y lloremos todos à vista del cadáver del Excmo. Acevedo muerto alevosamente, no por un Amalecita, sino por un español indigno de nombre tan glorioso.*

V. E., Excmo. Señor; puede enmendar mis palabras si no atino á pintar los servicios del inmortal *Acevedo* á la amada patria, que sin duda fueron mucho mayores que cuantos meditaba Abner en favor de Israel y Judá. Bravos y valientes militares, testigos de la mayor alevosía que nos privó del mejor general, podeis tambien todos enmendar mis palabras y darlas el valor que yo no puedo. Pero fijo en las que tomé por guía, vengo á repetir las al pacífico y virtuoso pueblo de la Coruña, modelo de toda España en ilustracion, en religion, en valor y en fidelidad y amor al mas grande de los Reyes el Señor Don Fernando el VII, para que todos lloremos en el entierro del inmortal *Acevedo*. Si, nobles ciudadanos de la Coruña, sean nuestras lágrimas el ciprés y el mirto con

(6)

que adornemos la tumba del héroe *Acevedo*:
EL PACIFICADOR de Galicia por su dulzura, por
su prudencia y por su pericia militar. Contened
por un poco vuestras lágrimas, y dejadme decir.

Al oirme que apellido á nuestro inmortal
Acevedo, el pacificador de Galicia, siendo mu-
cho mas guerrero que Abner, y mucho mas in-
teresado por las glorias de la amada patria que
aquel General de Saul, puede ser que algun
insensible, ignorante de los últimos acaecimien-
tos de España, se diga á sí mismo y nos inquie-
te preguntando ¿pues que guerra habia en Es-
paña, y qué fuego de discordia abrasaba la her-
mosa provincia de Galicia, para apellidar al
Excmo. *Acevedo* el Iris de paz en esta Provin-
cia? ¡Ay amada patria! bien quisiera sepultar
en eterno olvido lo que vimos y palpamos en
los seis años últimos: pero aunque con dolor y
amargura, es preciso recordarlo. Año de mil
ochocientos catorce; que memorable eres en
las páginas de la historia española! Entonces
terminó una guerra sangrienta que hizo nadar
en sangre toda la España: entonces sacudimos
el yugo extranjero: entonces vimos al suspirado
Fernando VII de Borbon, traído á España á
costa de rios de sangre de los españoles: entonces
toda España entonó himnos de júbilo al Dios
de los ejércitos y de los imperios: entonces
sí....; pero que pronto se cambió la risa en llan-

to ! Si entonces se acabó la guerra *de un imperio contra otro imperio*, acá nació entre nosotros otra mas cruel *de gentes contra gentes*. De nuevo se cubre de luto la España; no se oyen sino gemidos y lágrimas de inocentes dignos de la mejor suerte. El justo Fernando que venia á hacer la gloria de su Nacion, tan valiente como religiosa, es la primera víctima del partido anti-nacional. Una turba de facciosos todos perjuros, todos sedientos de la sangre de la amada patria, dominados del negro espíritu de feudalísimo, sorprenden en Valencia el Real ánimo del mejor de los Reyes, y le arrancan á la fuerza el terrible decreto del 4 de Mayo, que fue como la señal de la guerra doméstica y asoladora que se encendió en España. Derribóse entonces aquel Monumento del saber que se habia levantado en Cádiz bajo las baterías del cañon estrangero; rasgóse aquella Carta de union y concordia en que estan cifradas todas las felicidades de la Nacion y del Rey; fueron proscritos los *Padres de la patria* como indignos de vivir en un suelo que solo ellos habian podido rescatar, para entregarlo al Nieto de San Fernando, tantas veces jurado; se abrieron los calabozos, se levantaron patibulos.... dejémoslo.... el corazon se aboga de pena al recordar tamañas desgracias. Triunfó el partido del error, de la mentira y del interes. ¡ Ah! inmortal Fernando el *Grande*, ¡ que bien lo reconociste al cabo de seis años de amargura ! No olvidaremos jamas los españoles, vuestras pala-

bras que acabais de dirigirnos.... *cuanto vi y escuché*, dice el Rey amado, *apenas pisé el suelo patrio, todo se reunió para persuadirme, que la Nación deseaba ver resucitada su antigua forma de gobierno.* ¿Y en donde estuvieron antes, Señor, los que en Valencia se atrevieron á acusar á los *Padres de la patria* sorprendiendo vuestro Real ánimo? Fuéron esos hijos desnaturalizados los que os trajeron á España, ó fueron los valientes, nacidos de aquellos mismos que ahora os obligan á desterrarlos? Esos autores *de la mentira, de la iniquidad y del dolo*, fueron los que han comprometido la seguridad de la Nación y del Rey, pues no puede engañarnos el Espíritu Santo que nos dice: *Que los reinos y los cetros, pasan de gente en gente por la iniquidad y el dolo: y que cuando Dios quiere cambiar las repúblicas corrompe los consejos de los hombres.*

Los hijos leales de la envidiable España viéndola ir á pique y sumergirse en el mayor abismo de infelicidades, pobre, miserable, sin crédito ni gloria como la deseaban los enemigos de dentro y fuera, mas de una vez meditaron reconquistarla de nuevo para entregarla con todo su brillo al mejor de los Reyes. ¡Pero que astro maligno! qué Genio del mal tan enredador! Los patibulos hacian desaparecer la aurora que un dia habia de amanecer á los españoles. Amanece al fin en la isla de Leon á la voz del inmortal D. Antonio Quiroga, y en la Coruña el veinte y uno de Febrero al grito

de los bravos militares y del pueblo el mas amante de su Rey.

¡España! dichosa España! Católica España! ¿qué grito es ese, y qué es lo que quieres? ¿quieres oír ahora los encantos de una filosofía que nunca oíste? Quieres que los pueblos suelten la brida de la ley, que salten la raya de lo justo, que atropellen lo mas sagrado, y que no haya en este suelo fortunoso ni orden, ni religion, ni Rey, ni leyes? Disimuladme, si mi imaginacion preguntando, ofende el oído español. Los españoles celosos de su religion, de sí mismos, de sus leyes y de su Rey, enseñados mas en la mansedumbre del Evangelio que en los escarmientos de un vecino, no alzan el grito para darse un Rey extraño: á Fernando vii. hemos jurado quando estaba cautivo, y de nuevo le juramos ahora para librarle de otra esclavitud mayor.

¿Pero dónde estan aquellas almas grandes, aquellos hombres extraordinarios, que de siglo en siglo vienen al mundo para consolidar los imperios, dirigir la marcha de sus semejantes, y arrostrar los mayores peligros porque la patria viva? Y podria creerse, sino lo víamos, que en la Coruña en donde aun se oían los gemidos de un desgraciado, víctima del furor de los enemigos de la patria, hubiese un héroe, que renacido de las cenizas de aquel otro, se pusiese al frente de los valientes para salvar á la Nación y al Rey? Dios justo! en cuyas manos está la suerte de los pueblos, y el corazón de los

reyes, solo vuestra soberana providencia pudo darnos otro héroe como aquellos primeros que habeis regalado á vuestro pueblo escogido. Vos fuisteis quien nos conservó en los dias de amargura al inmortal *D. Felix Alvarez Acevedo*, para darnos un dia alegre á todos los españoles levantando este invicto Machabeo para reunir las *dispersiones* de Israel, para reanimar el espíritu moribundo de la afligida España rescatándola de la tiranía de los hijos desnaturalizados y salvar tambien los derechos del Rey.

Si, nobles ciudadanos de la Coruña, en medio de nosotros estaba el que apenas conociamos, porque su virtud le tenia como separado del comercio del gran mundo, y empleado únicamente en pensar en su alma, y en llorar las desgracias de la amada patria. El benemérito *Acevedo* está ya difunto, y no puede ofenderse de que recordemos sus virtudes en presencia de su cadáver. Del inmortal *Acevedo* podemos decir lo que del Joven justo dice el Espíritu Santo: *Que en una vida breve llenó los tiempos de muchos*. Brillante en la carrera literaria de sagrados Cánones, colegial estudioso y recogido en el de San Pelayo de Salamanca, integro y celoso Retor del mismo, Licenciado y Doctor en la Universidad de Orihuela, incorruptible cuando Fiscal Eclesiástico en la Diócesis de Leon, ¿quien podria adivinar entonces que este hombre, como nacido y formado para Levita del Señor habia de brillar des-

pues en la carrera de las armas otro tanto como en la de las sagradas letras? Sin embargo sabemos, que el inmortal *Acevedo* desempeñó ambos destinos con la santidad que pide cada una de estas profesiones al parecer tan encontradas. No hablaré ya de su integridad cuando se le consultaba como sábio militar, de su vida sóbria, y recogida, de un estudio continuo por vivir en la ocupacion de los sábios virtuosos, de sus virtudes privadas en la religion santa que observaba sin azañería, sin melindre, ni superstición, y tambien omito los servicios que hizo á la patria en las acciones de Riococo, de Sornosa, de Leon, de Astorga, y otros puntos que se confiaron á su pericia militar.

Inmortal *Acevedo*, digno de la memoria eterna de los españoles, que lloraremos por siempre tu temprana y alevosa muerte; tú fuiste el primero en quien los bravos militares y el heróico pueblo de la Coruña depositaron su confianza para levantar el grito santo de la libertad contra los enemigos de la patria; para conservar el órden y la paz en el pueblo; para proclamar al mejor de los Reyes por la *Constitucion*, y para con los valientes llevar la paz hasta los campos de Marte. Tú fuiste el primero, en el segundo Alcázar de la libertad española, el que tanto se desveló por dar vida á la patria moribunda. Tú fuiste quien empezó la marcha pacificadora de toda Galicia reconciliando al Rey con la Nacion, dando á cada uno lo suyo, jurando delante de Dios y de

todo el mundo los áugustos derechos de la Religión Divina, los de la Nación magnánima, y los del Hijo de San Fernando:

Que actó tan tierno y tan edificante cuando hemos prestado juramento en manos de nuestro Excmo. difunto! Todo buen español se arrasaría en lágrimas de alegría al presenciarlo. Si hubierais visto al inmortal *Acevedo* con un semblante grave y sostenido, electrizado en fuego santo como otro *Nehemías*, tomar el Divino Crucifijo en la mano y gritar lleno de un fervor como de cielo; *juró la Religión de este divino Señor tan pura y tan santa como él mismo la trajo del Cielo á los hombres: juró esta Religión de amor, de concordia, y mansedumbre; y juró morir por defenderla. Juró la Constitución de la Monarquía Española contra quien se declaró el partido de los facciosos; y juró obediencia al Rey constitucional D. Fernando VII. de Borbon de cuyo Real ánimo se apoderó el mayor enemigo de la Nación, y del Rey.*

El justo pensador que mire las cosas como son en sí, no dirá que estas palabras son declaratorias de la guerra entre uno y otro imperio. No hay entonces otras miras que saltar la raya de lo justo para estender las demarcaciones de su imperio, y para esto se ataca una provincia robándola á su legítimo dueño; se sitia una plaza para quitar al vecino las llaves de su defensa, y siempre con la mira del pillage y del engrandecimiento arruinando al me-

nos fuerte. Ninguno respeta entónces á la religion de paz, antes al revés, dado el paso primero de injusticia que ataca la religion en sus cimientos, es ya consecuencia del desórden, que cuanto de aqui se siga sea en ruina de la Religion de Jesueristo: Acabóse la justicia, luego ya ni moderacion; ni respeto al hombre, ni mansedumbre; ni concordia, ni amor; el hombre se convierte en fiera contra el hombre. Pero no así el grande, el generoso; y magnánimo *Acevedo*. A nadie declara guerra sino al desórden, nada ambiciona sino el bien de la patria, el de un Rey justo *libre de aquellos organos de mentira y disonja, que pervierten el corazon de los reyes.*

¡Pero que desgracia! cuando en la Corona jurábamos los deberes de una religion de amor, y la mas rëndida obediencia al Rey constitucional; en otra parte se levanta el negro estandarte de la discordia predicada y sostenida por los enemigos del bien general; de la Religion, de la Nacion y del Rey. ¡Cuanto puede el Genio del mal! Cuánto el egoismo y el espíritu privado! Cuánto la supersticion y fanatismo! Cuánto el no querer hacer un pequeño sacrificio porque la Nacion viva! Por estos principios todo se trastorna; y aun se trae á la religion misma en confirmacion del desórden. ¡Que cosa mas comun entónces *que entrometerse en negocios seculares* contra lo que enseña San Pablo! Qué cosa mas ordinaria que con el grito *de viva la Religion* infamarla, es-

escandalizar los mismos enemigos de ella, cambiar la mansedumbre de los ministros de un Dios de paz en fiereza de soldado, confundir los derechos del sacerdocio con los del imperio, y querer hermanar el arma de Nerón con el verde ramo de oliva? Que el soldado oiga la voz de su gefe y le siga ya parece que la obediencia militar le autoriza, y yo estoy muy lejos de acriminarlos; pero que el santuario se convierta en consistorio civil, en sala de crimen para dictar la muerte, y que las bóvedas de Sion se estremezcan con los gritos de guerra de un pueblo contra otro! Religion santa, no quiero recordarte las heridas que recibiste por la negra supersticion de los siglos bárbaros, y cuanto de aquí se han alarmado los impíos para atacar nuestros sagrados dogmas, y callo ya lo mas que se meditaba en nuestro suelo por que fortunosamente no pudo triunfar aquel supersticioso ignorante.

Nada hay que estrañar que de esta predicacion naciese la oposicion, y de aqui papeles y proclamas incendiarias tratando á los valientes de la Coruña, con su Comandante General digno del mas íntimo reconocimiento de los Gallegos y de toda España, de *facciosos que llevaban el desconsuelo y la desolacion al seno de las familias; que entregaban los pueblos al torrente de las pasiones individuales; que eran los perturbadores del orden, y enemigos del Rey, de la Religion y de la patria.* ¡Santo Dios, lo que ahí va! qué pluma tan cristiana y tan caritati-

va! qué noble declaracion de guerra empezando su tortuosa marcha con dieterios y calumnias las mas atroces! ¿Dijose mas de los franceses cuando robáron nuestros Reyes, para luego despojarnos de nuestros derechos? Pero V. E., Excmo. Señor, que en el momento mismo de su instalacion no meditó sino el bien de los pueblos, quiso que este bien se difundiese por toda Galicia para que por sí misma viesse los embajadores del orden, y de la quietud pública. V. E. nombra á su muy digno Vice-Presidente el inmortal *Acevedo*, que aunque revestido de guerrero anuncie á todos los pueblos la union, la fraternidad y el amor á la patria. Paréceme que aun estoy viendo al valiente *Acevedo*, que sale por primera vez al frente del ejército de la patria, y tomando en equis valente las palabras del caudillo de los Hebreos proclama á sus soldados y les dice: *Sígame el amante de la patria: sígame, no para llevar á los pueblos el desconsuelo, como proclamó el Genio del mal, no para arrancar la esposa del lado de su esposo, ni la casta doncella del regazo de su madre, como los malignos hacian decir á los incautos para aterrarlos, sino para inflamarlos en verdadero celo de la religion de amor, en los intereses de la patria, que son los mismos suyos, en el sagrado código de la Constitucion que formaron los Padres de la patria, y en la obediencia al mejor de los Reyes.*

Vedle ahí pueblos engañados, ved ahí al magnánimo y virtuoso *Acevedo*, vedle bien;

observadle día y noche, ¿y qué veis ahí? ¿veis otra cosa que la pintura animada del *Macabeo* llamando á los suyos para defender las glorias de su nacion? Es ese hombre el anti-cristiano como os predicaba la supersticion? *Es el que va á cubriros de luto?* ¡Ah! Genio maligno y seductor! Genio discolo, de quien está escrito: *que siempre busca la discordia y contra quien debe enviarse un angel cruel.*

Pueblos todos del tránsito, pacíficos y virtuosos labradores, testigos de la marcha militar del inmortal *Acevedo*, decidnos aquí y atestigüad á todo el mundo ¿que es lo que habeis visto en nuestro héroe? Vosotros estabais en la mayor pavora por lo que os habian dicho; no dormiais ni sosegabais pensando, que como os habian dicho, llegaba vuestra última hora; estabais inquietos con vosotros mismos, vuestro corazon palpitaba, horabais ya vuestra última despedida de vuestra cara familia; tal era la guerra doméstica que entre vosotros habia sembrado el Genio del mal; pero decidnos ahora ¿que habeis visto en este guerrero, y cuál fué vuestra suerte con él? Fue otra, que ver un hombre virtuoso, moderado, amante del hombre, del orden y de la quietud pública? Visteis mas que un hombre á cuyos ojos vuestras personas, vuestras familias y vuestras propiedades, todo era un sagrado que miraba con el mayor respeto? Visteis mas que un militar observante de la disciplina mas rigurosa, para que no se os hiciese el mas leve daño? Que si pedia

lo que era indispensable para su marcha, lo rogaba con la mayor moderacion, y pagaba con el mayor escrupulo vuestros sacrificios? Pues que así lo visteis, atestiguadlo á todo el mundo, y decid á vuestros hijos: *ahora os desengañareis, hijos queridos, que aquel hombre que nos pintaron con colores de infierno, es como un angel de luz que no nos trae sino bienes: pues no creais nunca á ese espíritu maligno que abusó de nuestra buena fe.*

Pueblo Levita, pueblo virtuoso, á tí mismo apelo; tú eres buen testigo de la prudente moderacion del inmortal *Acevedo*, y que pudiendo ser riguroso con alguno no ha querido serlo. Tú eres testigo que á un maligno que hubo de comprometerte con pasquines insultantes de los valientes, el magnánimo *Acevedo* lo despreció cuando pudiera egecutar la ley. Pueblo virtuoso, ; que contraste si reparas lo que viste en Mayo del año de 14, con lo que ahora ves en Febrero del año de 20! Entonces ardiste en fuego de discordia, viste entonces un vecino tuyo, que herido y ensangrentado por los facciosos, se presenta al bien conocido Pesci, y halla en respuesta que le dice: *es preciso dar un dia al pueblo.* En ese dia de licencia y de inmoralidad, los buenos tienen que huir, otros son atropellados en sus personas, arrojados sus bienes á la calle hechos presa del pillage. Dejémoslo.... Pesci era lo que era y lo que querian los facciosos; pero *Acevedo* era el justo, *que pudo hacer el mal y no lo hizo.* Ahora todo es pru-

dencia y moderacion, y no oís mas palabras que de amor á la patria y al Rey, y entonces todo arrestos, todo presidios, tambien patibulos.... no quiero afligir los buenos.

Pero encendida ya la tea de la discordia, y expuesta Galicia á los horrores de una guerra civil ; quanto se lamentaba el Genio pacificador *Acevedo!* Cuántas veces decia, ; que yo tenga que buscar y batirme con un Español y Gallego para hacerle entender los intereses de la amada patria ! Que éste hombre á quien la patria colmó de honores y beneficios, la desconozca ahora y quiera desgarrarla ! Qué arranque miles de valientes soldados del seno de sus familias para encarnizarlos contra sus hermanos y contra lo mas sagrado de la Nacion y del Rey ! Cuántas veces diria con el afligido David : *infatuad Señor los consejos del perverso Achitofel* para que éste mal hijo Absalon no se ensangrienta contra su madre Patria á quien debe un ser que tal vez no mereció ! Si todos obedecemos aun mismo Rey, ¿por que esta divergencia de opiniones ? Pero ya está resuelto el problema : nosotros queremos un Rey libre de la mentira y lisonja con que le tiene engañado el partido seductor, que no mira por los intereses de la patria y del mismo Rey, sino por su bien privado : queremos leyes sabias, y no los caprichos del favor : queremos que el Rey, se aconseje de los sábios ancianos como David y Salomon, y no de los jóvenes necios que van á precipitarlo y á perderlo como perdiéron á Roboán sus conse-

jeros: queremos la gloria del mejor de los Reyes: queremos la vida de la patria, que está moribunda: queremos que el Rey oiga las necesidades de su pueblo, que sepa que el laborioso labrador abandonó ya su casa en muchos pueblos de Galicia, por no tener ni con qué pagar lo mucho que se le pide, ni un bocado de pan que llevar á la boca: nosotros queremos lo que dice el Espíritu Santo, *que el Rey que en verdad y justicia juzga los pobres su Trono será por siempre*. Este es nuestro querer, y el de ellos, cuales hijos espúrios encarnizados contra su madre patria, quieren sin entenderlo acabar de arruinarla. Pues patria amada allá vamos por tu salud á buscar ese caudillo engañado, y primero de llegar á las manos brillaremos en mansedumbre, ofrecerémos la paz el mejor de los bienes, y nos abrazarémos todos como hermanos.

El inmortal *Acevedo* emprende su marcha á Orense con el mismo celo por la patria y con la disciplina y moderacion que atestiguan aquellos leales vecinos. ¡Pero lo que se ofrece aquí á la imaginacion! qué aspecto tan triste no presenta aquella hermosa provincia! Parece que el Genio del mal se habia propuesto ir en mision de vanguardia del grande *Acevedo* para consternar los ánimos á donde habia de llegar el que no llevaba sino bienes. Si oye que se ha volado el puente se affige con la noticia, no porque se detenga su marcha, sino por el mal casi irreparable de la nacion. Que! ¿será creíble, decia,

que ese puente el mejor de los monumentos del Español trajano, ése canal de comunicacion de la inmensa riqueza de aquella fértil campiña lo arruine ahora un Español? Se defiende el imperio devastándolo? Quién con mas razon podria volarlo que el inmortal Romana para conservar el último aliento de la España? Quién mas apurado que Soult derrotado y perseguido por los ingleses, y con todo á ruegos de los vecinos de Orense conserva aquel monumento de gloria y de riqueza? pero Soult y Romana eran dos militares, que sin tanta ruina sabian defenderse; mas la bravura de San Roman que temió ser envuelto en Orense acudió al último asidero de mandar volar el puente; esta si que seria desgracia, que siempre lloraria la nacion, y no que aquel general perdiese la batalla que meditaba! Si desiste de su bravo empeño, es á ruegos del Ilustrisimo Obispo y de los buenos vecinos, y se contenta con allanar los bordes creyendo que con un monton de escombros, y una mala puerta paraba la marcha del ejército de la patria.

Patria dichosa ¿en que apuro te ves? En vano los buenos hijos exponen su fortuna y su vida por salvarte, porque los autores de tus males se empeñan en aumentarlos. Galicia ya está consternada porque ve sus hijos encontrados en intereses, unos por darte vida, y otros por borrarte de la lista de las naciones. ¿Cuanto no se horroriza el pacifico pueblo de Orense, viendo que allí va á ser el teatro de la guerra de

hermanos contra hermanos, y que sus campos quedarian cubiertos de cadáveres y toda su campiña regada en sangre? Mas no nos alijamos con la idea de lo que hubo de ser ya que no fue.

¿Que tormento el del Señor *Acevedo* viéndose en Orense con un pueblo abandonado de todas las autoridades? Qué se diria á sí mismo al frente de su valiente ejército, cansado y rendido de la marcha, y hallarse por último consuelo peor que en el camino y como en un páramo? No preguntemos á aquellas Autoridades si en otros tiempos esperaron ó no á *Marchand*, degémoslo así.... ¿pero que habian de hacer aquellas autoridades, si allá se les dijo *que la tropa que va á entrar es de Anglo-americanos, de presidarios, de revoltosos, de descontentos, y que harian lo que no hicieron los franceses?* Disimuladme, bravos militares, que repita aqui los mayores dictérios que se pueden decir de un hombre de honor; yo me confundiría de repetirlos sino supiera que allá los habeis oido. Pero el sufrido *Acevedo* y su division invencible, pasa por todo, y no atiende sino al bien de la patria. Los males que se habian dicho en Orense y que tenian consternados los vecinos, todos se convierten en bienes. *Acevedo* manda al momento una respetable guardia á la cárcel, para custodia de los malhechores, porque *Pol* se habia llevado la que tenian. *Esto sí que es entregar los pueblos al desorden y á todos los peligros de los malhechores.* *Acevedo* con dos buenos vecinos arregla el descanso que necesitaba su tropa,

destinan parte en los cuarteles, otra en el Seminario, y otra (digámoslo para que sepa todo el mundo la moderacion del General y soldados) se quedó toda la noche bajo los soportales por no incomodar á ningun vecino. Si se pide alojamiento para los caballeros oficiales, allá van los equipages y no mas, quedándose todos con su digno Gefe, trabajando sin descansar la mayor parte de la noche. ¡Que *Anglo-americanos* tan cristianizados! Qué *presidarios* tan justos! Qué *descontentos* tan generosos y tan accesibles! Qué *revoltosos* tan pacíficos y tan disciplinados! Lo ves ahora, leal Pueblo! Ves cuanto puede el Genio de la mentira que alteró tu sosiego! Ves que ignorante y despreciable fue el autor de aquella proclama que decia, *que no tomaseis interes por la Constitucion, que no era sino un libro y no mas?* Mentecato ¿pues qué otros son los fueros de Sobrarbe sino un *libro?* Pero *libro* que formaron entonces los españoles cuando nombraron rey á D. Pelayo. Qué otras son las constituciones de todos los imperios sino un *libro?* *Libro* la Constitucion de Moises, *libros* todos los sagrados escritos, y *libro Santisimo* el Evangelio de Jesucristo. Pueblo pacífico, pueblo sabio, tú despreciaste altamente ese miserable pero incendiario escrito que no pudo llegar á ser *libro*.

Con la presteza del rayo sale nuestro General de Orense sin tomar apenas descanso; sigue su marcha con los valientes hijos de la patria, y parece que ya la suerte le deparaba enemigos;

mas no: si halla soldados de los engañados los trata como amigos, los agasaja, los estima porque ve en ellos otros tantos hijos de la patria, y los manda volver al seno de sus familias. Si halla equipages de los que huían, los conserva en su poder, y tiene toda la honradez de enviar un soldado suyo con parte á los interesados, *que allí los tenían seguros y á su disposicion y hasta llegó á mandarlos á los mismos dueños con toda seguridad.* Tal era el carácter del virtuoso *Acevedo*, Doctor sabio, guerrero valiente, hombre de bien, amante de la patria, compaciente de la ignorancia de aquellos mismos que iba buscando, y que ansiaba por el momento de hallarlos, no para batirlos, sino para ganarlos. Jamas pensó que entre ellos hubiese alguno que llevase ya premeditado darle muerte. Tampoco miraba que aquellos serian los mismos que en un reves de fortuna le llevarian al patíbulo, como sucedió al desgraciado *Porlier* en la *Coruña*, y en los campos de *Villalar* con los inmortales *Padilla* y *Bravo*: no, el magnánimo *Acevedo* en nada piensa sino en el bien de la patria.

¡Que dia tan alegre para el ejército volante, el ver que en la tarde del 8 de *Marzo* avistan al enemigo! Ya veia el momento en que iba á coger el fruto de su penosa marcha de mas de 40 leguas, y que entonces se acabaria la enemistad y la discordia, que entre hijos y padres habia hecho nacer el espíritu de partido. ¡Pero qué encontrados sentimientos entre los solda-

dos, los bravos oficiales y su digno Gefe! Los soldados creian que el mejor bien de la patria, seria acabar con aquellos hijos desnaturalizados, y los dignos oficiales con el valiente *Acevedo*, no pensaban sino en conservarlos. Temian los lamentos de la madre patria que un día llorosa podia reconvenirlos: *¿por qué habeis derramado la sangre de mis hijos, pudiendo ganarlos con la dulzura?*

¿Habria una cosa mas natural en el órden de la guerra, que el que el valiente *Acevedo* proclamase entonces á los soldados, que vengasen con la sangre de los enemigos de la patria, los males que ésta sufría? Tenía mas que acordarles su fatigosa marcha, los desprecios y los insultos que habian oído del cobarde? Bastaria esta sola y breve arenga, para que cada soldado de la patria convertido en una furia, deshiciese al momento cuanto se le pusiese delante; pero no, el dulce y pacífico *Acevedo* todo lo arregla y todo lo lleva con prudencia al fin que se propuso. Quiere santificar la guerra, y no ataca sino en último apuro; ama la paz, y no quiere derramar una sola gota de sangre. *Ya nos batiremos, hijos, decia á los soldados, yo estoy á vuestro frente para llevaros al campo del honor; pero no diga nunca la amada patria, que los que venimos á defender sus derechos, somos los primeros en atropellarlos matándole sus hijos: seamos justos para ser vencedores. Yo estrecharé á ese general engañado para saber su última resolución.*

Le oficia, ¡pero con qué moderación! nada de arrogancia, nada de orgullo cuando pudiera decirle que estaba al frente de una division, que primero moriría el último soldado, que dar un paso atras, porque seria darlo contra la patria. Se contenta con decirle: *General, resuelva V. E. terminantemente qué partido ó qué sistema de gobierno está decidido á abrazar, para tratar á V. E. y al ejército de su mando, con todo el aprecio y decoro que se merecen los hijos dignos de la patria, ó en otro caso, á pesar de serme sensible, hacer uso de las hostilidades.*

¡Qué penosa me es la última jornada del inmortal *Acevedo*! Cuánto diera por dejarlo y no seguir, si mis palabras van á renovar vuestra amargura! Qué seria ver en la tarde del 9 de Marzo hallarse el héroe *Acevedo* con el enemigo al frente, en posicion ventajosa, tomados todos los puntos militares, y formado en batalla! Patria amada, ya no hay remedio; el egoismo de unos pocos armó tus hijos entre sí, y van á pelear hermanos con hermanos. Cúbrete de luto, patria envidiable, que ya no vas á ver sino cadáveres, sangre, horfandades, y todos los horrores de una guerra civil. El prudente y magnánimo *Acevedo* todo lo ve en un punto de vista, al momento examina la posicion del enemigo, y con el mayor acierto dispone sus valientes para flanquearlo. Abanza la columna de la patria en paso de ataque... patria amada, allá va á romper la nube maligna

que formó la discordia en las lobregueces del centro mismo de Galicia. ¡Ay! si fuera posible que un angel de paz volara entonces desde Madrid á Padornelo! Qué alegría para los hijos de la patria, y que confusion para sus enemigos! ¿Que haceis, hombres engañados, les diria? Siempre habia de ser horrores en España á la sombra de un Rey justo? Nó habia de llegar un dia alegre en que se acabase el negro feudalismo, el espíritu de conveniencia, de intriga y de partido, para vivir á cuenta de la amada patria sin querer salvarla en su última agonía? Imprudentes egoistas, ahora mismo acaba de salvarla el inmortal Hijo de San Fernando. Ese libro que mirábais con tanto horror, porque acababa con vuestro despotismo, ese libro, esa Carta sagrada, ahora mismo la juró el mejor de los Reyes. Acabóse ya vuestra tiranía en los pueblos, que hoy son las delicias de un Rey sabio. Ya no teneis en vuestra mano las vidas y haciendas de los honrados españoles de quienes os apellidabais *Señores*, llamándolos vasallos vuestros despues de haberlos robado al Rey. Se acabó ya ese negro timbre de *Señores de sogas y cuchillo* con que teniais amedrentados los pueblos. El grito santo de Galicia llegó, á pesar vuestro, á los oídos de Fernando el grande, y Rey y pueblo son ya la mejor familia, y el imperio mas dichoso del mundo. Confundíos al desembainar la espada contra los hijos de la patria. Esto diria el mensajero alegre que no pudo llegar á tiempo.

Tampoco llegó á Cádiz en este mismo dia y hora en que se estaba tratando allí la cruel carnicería de aquel pueblo, el baluarte de nuestra libertad. Hombres que habeis de venir, estremeceos por siempre acordando el 9 de Marzo en Padornelo, y en Cádiz el 10 del mismo.

Virtuoso *Acevedo* ¿has de ser tú la única víctima sacrificada por la libertad de los leales Gallegos, y por la de toda España? Mal pensaba el inmortal *Acevedo* que al frente está un asesino traidor corrompido por el oro, para cubrir de luto la España, matándole uno de sus mejores hijos. Guerrero *Acevedo* ¿en donde dejas tus valientes, tus cañones, tus bayonetas? No sería mas saludable á la patria que tronasen esos instrumentos de la muerte, y no exponerte al riesgo de perecer? Pero tan dulce y tan pacífico era el inmortal *Acevedo*, que antes de empezar la acción de guerra predica la paz. De parte á parte no hay un tiro, el enemigo se retira, nuestro General abanza predicando la paz, victoreando á la Nacion y al Rey; pero.... negra alevosía!... el alevoso ve la ocasion del asesinato premeditado de muy antes, y de un tiro nos mata el mejor hombre. Alevoso ¿á un guerrero que habla asi, le quitas la vida? Que el valiente *Acevedo* muriese en la refriega, ya está en el orden de la guerra, miles de héroes perecieron asi; pero sin romper el fuego de ninguna de las filas enemigas, quietos y pasivos los buenos oficiales de Pol que no mandaron hacer fuego, y sin embargo.... traidor,

aleve.... uno solo fue el que sin valor ni crédito entre los mismos enemigos, rompe un fuego escondido, y al retroceder *Acevedo* para ponerse al frente de su colona, cae difunto este hombre que debiera ser inmortal.

Patria amada, perdiste el mejor hijo. Justo es que llores por siempre y preguntes con los afligidos Macabeos viendo difunto al general su hermano: ¿como se ha muerto el que salvó la Galicia de los horrores de una guerra civil? ¿*Acevedo*, que desde la Coruña a Santiago, y de allí al último confin de Galicia tremoló el estandarte de la paz, de la union y de la concordia contra los enemigos de ella! Qué en este hombre, timbre de los españoles, se haya ensangrentado un espurio español, asesino vil y traidor cobarde!

El corazon se aflige al ver caido del caballo al esforzado *Acevedo*; tendido en tierra el hijo mas valiente de la patria; pálido, moribundo, bañado en sangre.... dejadme repetir las últimas palabras del inmortal *Acevedo*: *soldados, dice este General moribundo, soldados, morir por la patria. Asi espira el virtuoso Acevedo, que con la firmeza del justo, vió su última hora.*

Me figuro, que si nuestro mártir de la patria hubiera sobrevivido un poco, podia decir con mas justicia que Abner: *pérfido y alevoso Joab ¿por qué me matas á traicion?* En campo de batalla ya podriamos batirnos, y cualquiera que fuese la suerte, seria morir con gloria y con

honor; pero una muerte á traicion es infamia del alevoso, y desconocida en el arte de la guerra entre las naciones cultas. ¿Y por qué esa muerte alevosa? porque me adelanto á mis guerreros, porque no se dispare un tiro, porque convindo con la paz á esos hijos fugitivos de la patria? ¿y así me pagas quitando la vida á quien la conservó á tantos? Miserable.... desde esta tumba en que me hallo aun te predico la paz; no pido á la Madre patria que venga mi sangre, sino que te perdono de todo mi corazon para que Dios me perdone.

Bravos militares, heróico pueblo de la Coruña, ya que no podemos dar vida á nuestro héroe, pidamos al Señor que no entre en juicio con su siervo, que le perdone las debilidades á que está sujeto todo hombre, y le descanse por siempre en su gloria, Amen.

